

de se emp re regu los dlaton eam lo otjiv le
al raiquinos à somisios a contempian
tumba su voz se empalaba y con el sonto
gado por el llanto nos hablaba de su emperador
de su compañero de armas, de su gran general
como se nombraba. Nunca en Invaido con
templo ese sepulcro sin que las lágrimas me
lab ois y ablijen abarabaz mejillas y el piso del
suntuoso, conservar las huellas de ese llanto que

CAPITULO XXX.

Continuacion de la lectura de la carta misteriosa.

Durante aquella semana, continuaba Genaro; mi mente se hallaba intranquila, los estudios no habian tenido para mi incentivo alguno, y por la primera vez de mi vida me fué enfadoso el colegio, y suspiré por mi libertad. El domingo llegó al fin; en toda la semana, la imagen de Julia llorosa y enamorada, no se habia apartado un solo instante de mí; el recuerdo de Leonor habia reinado continuamente en mi corazón, produciendo nuevas llamas, é inflamando mi pecho por un sentimiento que era para mi desconocido. La imagen de Clara venia tambien á mezclarse en mis recuerdos; pero ella no me inspiraba mas que sentimientos de gratitud y de sincera amistad.

Como he dicho, el domingo llegó al fin; muy de mañana abandoné mi lecho, y con mas esmero que de costumbre peiné mi cabello y arreglé mi traje: serian las nueve, cuando pasaba el umbral de mi colegio lleno de fé y de esperanza. Mis primeros pasos no se dirigieron á casa de Julia, sino que impulsado por una fuerza estraña me encaminé hácia el punto en que ocho dias ántes habia conocido á Leonor. Cuando llegué al sitio en que por la vez primera me detuve á contemplar aquella muger divina, mi corazón palpité con violencia, y deteniendo mis pasos, me senté sobre una piedra, quedando sumergido en la meditacion mas profunda. Así transecurrió mas de una hora. La campana de un templo vecino que hirió mi oído llamando á los fieles á la oracion, me hizo recordar que aun no habia oído misa, y avergonzado de mi mismo abandoné mi asiento, y guiado por el eco de la campana, me dirigí hácia el punto de donde el sonido partia.

Pronto me encontré ante la fachada de un suntuoso palacio, en el que se respiraba todo el lujo de la mas grande opulencia. La torre de una capilla sobresalia del edificio, y el eco de la campana, que aun tocaba, me hacia conocer que era allí donde iba á celebrarse el augusto sacrificio; yo no sé porqué me sentí impresionado ante

la vista de aquel grandioso edificio. Multitud de pobres y sencillas aldeanas, penetraban por la rica puerta para llegar al oratorio; yo vacilé un momento, la campana cesó de sonar, y haciendo un esfuerzo supremo, penetré tambien al lado de un anciano, que conducido por una niña llamo mi atencion, y le ví atentamente como queriendo reconocer aquel semblante. ¡Ah! exclamé es el mismo á quien Leonor conducia!y lleno de contento me propuse no perder de vista al buen anciano, para informarme despues de la muger á quien amaba.

Preocupado por este pensamiento me detuve un momento ante la gran escalera de blanco mármol que conducia al palacio; involuntariamente levanté la vista, y no pude contener una exclamacion de placer y de sorpresa; una jóven bella en la extension de la hermosura, vestida con elegancia descendia pausadamente al lado de una señora todavia en la frescura de la edad; al ver á la tierna jóven, mi corazon se estremeció de contento; ¡sí, es ella!... me dije á mi mismo, y al hablar así no me engañaba, era en realidad Leonor, que acompañada de su aya, bajaban al oratorio á dar gracias al Eterno, y al sacrificio augusto que iba á celebrarse.

Confuso y turbado permanecí como enclavado

al pié de la escalera, fija mi vista con pasion en la jóven encantadora que tanto me habia cautivado.

Leonor pasó á mi lado, sus hermosos ojos se fijaron en los míos; al verme se turbó, un vivo carmin tiñó sus mejillas, y sus ojos se apartaron de los míos; yo suspiré tristemente, habia temido disgustarla, y me arrepentia de haber penetrado en aquel palacio; pero ¡ay! ignoraba yo que esa fuese la mancion de la muger á quien amaba; una dulce sonrisa, que jugueteó al través de los labios de Leonor calmó mi temor; al pasar junto á mi la encantadora jóven inclinó la cabeza saludándome, y yo quitándome el sombrero le hize una profunda reverencia; despues las ví penetrar en el oratorio; y se dirijieron á una especie de grada, donde tenian preparados sus asientos.

El sitio que ocupaban se hallaba adornado con sencillez; sobre una buena alfombra distinguíanse cuatro sillones de terciopelo oscuro, con sus respectivos reclinatorios, y eso era todo lo que allí habia.

Apénas Leonor y su compañera habian entrado, salió el sacerdote y comenzó la misa; hallábame realmente absorto, no sabia lo que por mi pasaba; pero eran tan fuertes las sensaciones que la imagen de Leonor me producía, que no

podia comprender lo que acontecia en mi alma. Durante el santo sacrificio varias veces tuve el atrevimiento de fijar mi vista en la jóven encantadora, y jamás sus miradas se encontraron con las mías, lo que me llenaba de tristeza.

La noble señorita permaneció la mayor parte de la misa postrada, sus bellos ojos fijos en el altar, ó en un pequeño libro de concha, que acariciaba entre sus blancas y delicadas manos. Sus ojos no recorrian otros puntos que los que acabo de indicar, pero en cambio, si me fijaba yo en el cuerpo del Oratorio para ver á las personas, al momento podia notar, que mas de la mitad de ellas tenían su vista fija en Leonor; los pobres aldeanitos, los ancianos y los niños, todos la veian como implorando sobre ella las bendiciones del Cielo:

Mas sobre todo, lo que en extremo llamó mi atención fué un personaje misterioso, en el cual no me habia fijado.

Hallábase de pié colocado bajo del púlpito, cubria su esbelto cuerpo una gran capa, y tenia esta tan embozada que era imposible poder ver su rostro; pude distinguir, sin embargo que su cabello negro caia en graciosas ondulaciones sobre su blanca y espaciosa frente; tambien pude notar la expresion ardiente de su mirada. Sus ojos eran

negros y grandes, y se encontraban clavados con la expresion del amor en la hermosa Leonor.

En mi preocupacion me pareció que la bellísima jóven correspondía las miradas del personaje misterioso, y esto me desconsertó por completo, é infundió en mi alma la mas profunda tristeza.

¿Cómo poder ver con indiferencia aquel espectáculo? ¡No era esto posible! Aquel caballero misterioso, el único de su clase que se hallaba en aquel Oratorio, no podia ser más que un amante de Leonor, y un amante quizá correspondido..... Este pensamiento me fué en extremo funesto; mil imágenes lugúbres exaltaron mi mente! En ese instante me consideré como el mas desgraciado de los mortales, porque me decia interiormente: haber puesto mi corazón en una mujer que no tiene ya dominio sobre el suyo, es la mayor de las desgracias, y esto era lo que yo experimentaba.....

¡Dios mío! ¿será posible que el corazón de esa protectora del infortunio ya no le pertenezca y ya no pueda pertenecer á nadie sobre la tierra? Al pensar así, arrojaba con mas tenacidad aun, mis miradas sobre Leonor y sobre el misterioso personaje.

Aquella mañana no habia oido misa, y hasta senti haber entrado á un templo para haberme

ocupado de otros pensamientos tan extraños de la casa del Señor.

Por fin, la misa concluyó; las buenas campesinas, los pobres aldeanos, fueron saliendo poco á poco del Oratorio, el misterioso personaje no salía y yo tampoco quise entonces salir. Leonor se levantó, y bajando la grada tomó lo mano de la señora que la acompañaba, y comenzó á avanzar con pausado movimiento por las naves del Oratorio.

Cuando llegó al sitio en que se hallaba mi pretendido rival, no me engañaron mis ojos, Leonor fijó los suyos con dilatada ternura en él, y luego su pecho exhaló un suspiro que hirió el mio como un dardo de fuego, prosiguiendo en seguida su camino. Yo quise seguirla, pero también queria saber que hacia el desconocido que aun permanecía en el mismo sitio, siendo él y yo los únicos que habíamos quedado en el Oratorio.

Fué hasta entonces cuando el fijó en mí sus ojos, porque ántes como he dicho, solo en Leonor los habia puesto, al verme los detuvo en mí pero con un expresion muy áltiva y molesta, no me desprendió la mirada. Yo no era por fortuna cobarde; que si lo hubiera sido, aquel habria sido para mi un momento de positiva afliccion;

mas por el contrario, yo me encontraba celoso, hervia la sangre en mis venas, y con una audacia cada vez mas creciente, medí con una mirada de desprecio á mi adversario y sostuve con arrogancia su vista: diez minutos permanecimos así, yo recordé entonces que nos hallábamos en el Santuario, y avergonzado de mi mismo me dirigí al embozado:

—Caballero, le dije; no es este el sitio apropiado para permanecer, nos hallamos en el templo; si algo teneis que decirme os espero fuera del palacio.

El desconocido me dijo que lo siguiese, y yo entonces postrándome ánte el altar pedí á Dios me perdonará y salí del Templo.

Cuando estuvimos fuera, el embozado me preguntó cortezmente:

—¿Caballero, con quién tengo el honor de entenderme?

—Excusad preguntar mi nombre, me apresuré á responderle, y si agradeceré tengais á bien pronunciar el vuestro.

—Jamás lo he ocultado, me contestó con arrogancia; el Vizconde de Export se ha vanagloriado siempre en el nombre que heredó de sus antepasados.

Yo no sé por que las palabras del Vizconde

despedazaron mi alma; aquel nombre, aquel título, me hicieron daño: ¡ah! ¿quién era yo, pobre expósito para luchar con un noble de Inglaterra...? Sin embargo no humillé mi frente ante los títulos de nobleza, y guardando silencio salimos ámbos del palacio: una vez en el campo, mis ojos se fijaron en éste; el Vizconde acababa de saludar, y mi corazón se había oprimido.

En uno de los balcones estaba Leonor, yo saludé también, y al verme la joven, me contestó con una dulce sonrisa; pero sus ojos parecieron buscar con inquietud los de mi rival afortunado.

No pude por mas tiempo sufrir, la medida del dolor se había agotado en mi alma, y pálido y trémulo me dirigí á mi compañero. Caballero, le dije: ¿conoceis vos á esa joven?

—La hija de Loord H., princesa del Barquino, es conocida por todos en Venecia, me dijo con una calma que me exasperó más todavía.

—Yo no os pregunto si sabeis su nombre, repliqué irritado; pero veo que no quereis comprenderme, y os hablaré con franqueza: yo amo á esa joven, ¿lo comprendeis? y quiero saber si por vos es amada.

—¡Pobre niño! exclamó el vizconde: ¿quién sois vos para solicitar la mano de la princesa?...

—Os he dicho que excuseis preguntar mi nombre.

—Quereis guardar el incógnito, bien, lo respeto; pero sabed entonces que habeis llegado tarde, Leonor ha tiempo que es el ídolo de mis pensamientos, y os prohibo que profaneis con los vuestros su imágen.

—Caballero, yo no recibo leyes, las dicto; repliqué con audacia.

—¡Sois altivo! añadió mi adversario, y pueden costaros caro vuestras palabras.

—Estoy resuelto á sostenerlas en todos los terrenos, me apresuré á responderle; pero ántes añadí una pregunta: ¿sois amado por ella?

—Vos habeis podido juzgarlo, y por otra parte no debo daros cuenta de mis acciones ni tengo deseos de complaceros.

—Bien, contesté cada vez mas irritado; entonces ya sabeis como se tratan estas cuestiones entre caballeros.

—¿Quereis un duelo? preguntó mi antagonista; ¿sois un niño! vos no podeis batiros!.....

Yo me encontraba ciego por la ira, y arrojando al vizconde una mirada de sarcasmo le dije:

—Vos sois un cobarde y rehusais batiros por que teneis miedo.

—¡Miedo! ¡miedo á vos! añadió con el acento

alterado por la rabia: ¿quereis un duelo? lo tendreis; pero mi espada jamás se ha cruzado con la de un plebeyo; decidme vuestro nombre y seréis complacido.

Aquellas palabras minoraron mis fuerzas.

—Mi nombre es Genaro, respondí prontamente: el vizconde me miró.

—¡Genaro! ¿y no teneis otro nombre?

—El que tengo, ya lo he dicho.

Uua carcajada de burla obtuve por respuesta, y alejándose de mí entonces, ¡pobre amigo! dijo el vizconde; solo con el desprecio puedo responder á vuestros insultos.

Al pronunciar estas palabras, avanzó hasta un carruaje que á pocos pasos se encontraba, subió en él, y desapareció de mi vista.

Yó permanecí inmóvil: el dolor, la rabia y la vergüenza me ahogaban... ¡Oh padres míos á cuántas humillaciones me habeis expuesto!...

.....
Leonor nos contemplaba como he dicho ya desde su ventana..... ella oyó la carcajada burlesca con que el vizconde contestó á mis expresiones, y esto me tenía sumergido en una desesperacion horrible.

Me arrepentia de haber ido aquella mañana por ese sitio; de haber entrado al Templo para

no alabar á Dios, y sobre todo de haber tenido el atrevimiento de interrogar al vizconde. Debia yo ántes haber observado varias veces; debia igualmente haber visto si Leonor le correspondia, en cuyo caso todos mis esfuerzos serian quizá completamente inútiles, y sin el menor fruto. Todos estos reproches me dirijí á mi mismo, y á cada instante me sentia mas contrariado; hubiera querido á costa de mi propia vida deshacer lo hecho ó que Leonor, presenciase mi venganza.

Aunque los sentimientos del corazon son generalmente buenos, momentos hay sin embargo, en que siendo demasiado vivos, degeneran hasta un grado tal de maldad, que de allí nace nuestro asombro cuando se nos dice que tal persona, á la que teniamos en un alto concepto, ha sido capaz de cometer tal ó cual mala accion.

El corazon humano por grande que sea su virtud tiene momentos horribles de debilidad producidos por la fuerza de sus pasiones y estos momentos por cierto siempre son bien funestos!.....

Mi arrepentimiento aunque grande, no tenia ya remedio; dirijí una mirada al balcon donde se hallaba Leonor, para léer en su semblante lo que pasaba en su interior, pero ella no estaba ya.

¡Oh Dios mio! ¡ella me desprecia! me dije anteriormente, y lo peor es que mi corazon no pue-

de soportar su desprecio. ¡Oh Leonor, Leonor! ¡tú vas á causarme grandes males, comienzas á amargar mi vida, dándome á gustar con toda su fuerza el cáliz del dolor y de la desesperacion! ¡ay! yo siento en mi que es imposible olvidarte, que no puedo dejar de sentir hacia ti una atraccion involuntaria.....

Abrumado con estas tristes ideas me dejé caer sobre el tronco de un árbol, y quedé pronto sumergido en una meditacion profunda.

El relox dió á poco algunas campanadas, saqué el mio en ese momento, y ví que eran ya las once de la mañana. Cómo se ha pasado el tiempo exclamé: á las doce comen en casa de mis buenas amigas, y hoy debo acompañarlas; sin embargo, ántes me será preciso visitar á mi nuevo protector, y ya que me encuentro tan cerca de su casa, debo dedicarle al ménos esta hora que aun me resta.

Así lo hice, me levanté apresuradamente; dijé una última mirada hácia el balcon, sin encontrar lo que buscaba, y abatido tomé el camino de la quinta de D. Mariano, penetrando á poco en ella.

Mi protector me recibió con los brazos abiertos y me hizo sentar á su lado.

—¿Cuántas horas me dedicas hoy, Genaro? me preguntó con un tono tierno y cariñoso.

—Una, señor, le contesté.

—¿Y por qué tan corto tiempo, qué te fastidia el estar en nuestra compañía?

—Todo lo contrario, señor D. Mariano, pero es forzoso ir á comer á casa de mis buenos amigos, y por tanto, como me suelen detener allá toda la tarde, quise ántes venir á ver á Vd.

Para que quedase satisfecho D. Mariano, sin particularizar lo de la pobre Julia, le conté brevemente el mal rato que habia dado á mis amigos el domingo pasado, pero D. Mariano no se compadeció de ellos.

—Esas son exageraciones, me dijo, y aunque tú debes siempre manifestarte grato á las demostraciones de afecto que te hagan, eres enteramente libre, y no debes dejarte esclavizar por nadie en el mundo. Mira, por de pronto partiremos si te parece el tiempo, una media hora la dedicaremos á Clara, que te tiene tan tierno cariño, y la otra media hora nos encerraremos en mi gabinete donde comenzaré á darte mis instrucciones sobre el negocio que ya sabes, ¿te parece bien, te gusta la distribucion del tiempo?

—Si señor, le contesté, lo que Vd. dispone me parece muy bien y es de mi agrado.

—Pues entonces vamos ántes á ver á ese angelito que sin duda estará aun acabándose de vestir.

Poco despues llegamos al gabinete mencionado que daba entrada á las habitaciones de Clara, pasados algunos minutos salia esta encantadora criatura por la puerta de su aposento; un hermoso traje color canario cubria su delicado cuerpo, y como de costumbre, una blanca flor brillaba en sus cabellos.

Al verme Clara, me sonrió dulcemente, y tendiéndome su mano: ¿vienes á quedarte con nosotras, Genaro? me preguntó con ternura

—Nó, hermosa Clara, me apresuré á responderle; hoy me es forzoso ir á casa de mis buenas amigas, á quienes mi ausencia el domingo causó muchos disgustos.

—Sé que te aman mucho en casa de la familia de D. Justo, acudió á decir la hermosa jóven; pero creo que no te querrán más que nosotros.

—Gracias, Clara, sois tan bondadosa que no encuentro palabras con que manifestaros mi gratitud. Te ruego, añadió Clara, me digas de tú; ¡no estoy dándote yo el ejemplo?

—Sí, querida Clara, perdona, ya lo ves, he comenzado á imitarte.

—Bien, ahora sígueme; tengo que hablarte á solas.

Al hablar así se levantó de su asiento, y dan-

do un beso en la frente de D. Mariano se dirigió á la puerta.

El buen anciano no parecia disgustado, sino que correspondiendo con una mirada llena de ternura á la encantadora niña, anda, hija mia, le dijo; y cuando hayais concluido, venid á buscarme.

Luego, volviéndose hácia mí:

—Síguela, Genaro, me dijo, élla quiere hablarte.

A estas palabras de D. Mariano me levanté de mi asiento, y poco despues me hallaba al lado de Clara. Tomóse de mi brazo y me condujo hasta un pequeño cenador situado en el centro del bosque á la orilla de un cristalino lago; una vez allí se sentó invitándome para que lo hiciera; ocupé entónces un lugar á su lado, y viéndola con ternura:

—Querida Clara, le dije, ya estamos solos: ¿qué tenias que decirme?

La jóven guardó un instante silencio. Mas luego me dijo:

—Genaro, desde el primer dia en que nos vimos te pedí que me amaras como á una hermana y que en mí depositaras tu confianza; hoy quiero preguntarte si me amas y si quieres hacer de mí tu mejor amiga.

—Clara, te amo cuanto un hermano puede